



# IDA y JOSEF

POR ENITHZABEL CASTRELLÓN CALVO

Los recuerdo muy bien, Ida y Josef, dueños de la tienda de la esquina. Habían llegado a Praga hacía años, y se habían acostumbrado tanto a la ciudad que ya eran parte de ella. Ida y Josef, siempre sonrientes, siempre laboriosos, siempre atentos. Juntos trabajaban en su tienda durante el día. Ida cantaba mientras atendía a los clientes, Josef sonreía complacido. Por las tardes, Ida daba clases de piano en un saloncito al fondo de la tienda. Al cerrar cada noche, Josef la abrazaba y bailaban un vals silencioso que únicamente ellos escuchaban, hasta el día siguiente.

Recuerdo cuando Ida y Josef eran los vecinos del 135, los padres de Welwel y de la niña del traje azul, los que vendían los mejores pasteles, los que me regalaban dulces y acariciaban mis cabellos preguntándome la razón de mis lágrimas, cuando algún disgusto en el colegio me hacía llorar.

Recuerdo muy bien a Ida y a Josef, desde muy temprano en la puerta de su tienda, listos para empezar el día. «Buenos días, señor Wojkiewicz, linda mañana», saludaba Ida a uno de sus clientes habituales. «Gracias por su compra, señora Wajda, vuelva pronto» era la eterna despedida de Josef.

Recuerdo que las cosas cambiaban, la ciudad se agitaba. Ida y Josef, algo preocupados, pero siempre sonrientes, repetían su vals nocturno como para acallar el ruido de las botas que martillaban las calles ya muy cerca.

Y así llegaron los alemanes y, por alguna razón que no comprendí entonces, Ida y Josef no fueron más los vendedores de pasteles, los padres de

Welwel y de la niña del traje azul, ni los vecinos del 135. Ahora Ida y Josef eran solo judíos.

La clientela empezó a escasear, tal vez por miedo, por indolencia o quizá resignación. A veces ella aún cantaba, él ya no sonreía. Ya nunca bailaban.

Los uniformados llegaron un día, y al siguiente Ida y Josef ya no tenían tienda, ni lecciones de piano, ni vals, ni nada. Puedo verlos claramente fregando las aceras de las calles junto a tantos otros vecinos. Antiguos clientes se reían, se burlaban, los despreciaban. Era como si una línea invisible los hubiese separado del resto del mundo, como si ya no los reconocieran, como si no los recordaran. ¡Pero si son Ida y Josef!

Josef fue detenido y enviado junto con su familia a Theresienstadt. Ida ya no cantaba. Atrás quedaban Praga y los recuerdos; ahora, la incredulidad y la incertidumbre eran el eco de sus pasos hacia el abismo.

La travesía fue interminablemente penosa, hicieron cuanto pudieron para proteger a sus hijos. Lucharon como fieras por mantenerse juntos, trataron con sus brazos de resguardarlos del frío, y con sus almas de cubrirlos del horror. Pero ya Welwel y la niña del traje azul habían comprendido que su mundo había desaparecido. Welwel y la niña del traje azul no preguntaban, no hablaban, no lloraban. Ya nadie cantaba, ya nadie reía, solo sostenían sus manos con fuerza, como si apretándolas pudiesen retener los pedazos de esa vida tan lejana, en algún otro tiempo tan feliz. Lo habían perdido todo, y aún sumidos en la nada se apoyaban el uno al otro, siem-

pre juntos, siempre fuertes, siempre Ida y Josef.

Al llegar a su destino nada pudieron hacer por permanecer unidos, no había excepciones, ni lástima, ni piedad. Welwel y la niña del traje azul fueron llevados con otros niños a un área reservada para ellos. Las mujeres y los hombres fueron separados. No más Ida y Josef.

Los días, los meses, ¿serían años?, parecían interminables, impensables. Las fuerzas se agotaban, el espíritu se extinguía, solo la esperanza de sobrevivir para reencontrarse con los suyos sostenía los corazones de Ida y de Josef.

Los altavoces ordenaron a la población de Terezin presentarse para una inspección general. Se elegirían los ocupantes del próximo «tren de trabajo». Ida, Josef y muchos otros habían comprendido ya el destino final del llamado «cargamento especial». No era la primera vez que el tren partía del andén repleto de rostros atormentados, resignados, y de algunos otros, pocos, aún esperanzados, creyendo, o queriendo creer, que hallarían una salida. Invariablemente, el «tren de trabajo» volvía vacío, siempre vacío. Auschwitz, habían escuchado. Cámaras de gas, alguien había susurrado.

Ida vio a Welwel y a la niña que solía vestir el traje azul frente al grupo de los chicos y su corazón se detuvo. Por un momento olvidó el tormento, creyó saborear en sus labios unas gotas de aquello que algún día llamó felicidad: habían sobrevivido. Solamente despegó los ojos de Welwel y de la niña que solía vestir el traje azul para tratar de encontrar a Josef, su amado Josef.

A veces uno a uno, otras por grupos, siguiendo algún torcido sentido tal vez, o al azar, quién sabe, poco a poco el tren fue llenándose de elegidos, de pasajeros, de condenados. Welwel y la niña que solía vestir el traje azul fueron seleccionados. De un empujón fueron llevados a la fila que se dirigía al tren. Antes que Ida pudiera reaccionar, un grito desesperado se escuchó entre la gente: Josef se abría paso entre los prisioneros.

Josef corrió, tratando de alcanzar el andén, intentando protegerlos, queriendo salvarlos. Ida hizo otro tanto, apartando gente a empujones. Una vez más, Ida y Josef, una vez más juntos, unidos, luchando.

Un eco sordo rasgó el silencio, tiñendo de rojo los desgastados zapatos del vendedor de dulces. Un mortal disparo, seco, fatal. El tiempo se detuvo por un breve instante, lo suficiente para ver desplomarse el cuerpo ya sin alma de quien algún día fuera Josef.

Sin pensarlo, Welwel corrió hacia él. El dolor y la impotencia reemplazaron al miedo que hasta entonces paralizaba su corazón. Se abalanzó contra el alemán, con el coraje de quien ya todo lo ha perdido. Aún con lágrimas de niño, reclamaba la vida del padre, del héroe, de Josef.

Un segundo estallido implacable. Silencio. Así llegaba el final.

Ida no gritó, no lloró, solo caminó en silencio hasta la niña que solía vestir el traje azul, la empujó de vuelta hacia los demás prisioneros y tomó su lugar en la fila. «Una judía por otra», dijo, mirando al alemán directo a los ojos. El uniformado siguió su camino sin inmutarse, le daba lo mismo, ya se había divertido bastante.

El tren inició su lento recorrido, el chirrido de las ruedas y el crujir de los rieles fueron los acordes que acompañaron el adiós. Justo antes de partir, Ida levantó su mano derecha y la puso sobre sus labios, un último gesto, un último beso, por Josef, por Welwel, por la vida que jamás volvería. Y así se alejó, regalándole a su hija lo único que le quedaba, aquello que no le habían arrancado aún, la última esperanza.

Mi nombre es Sophie, sobreviviente de Theresienstadt, recuerdo bien a Ida y a Josef, los del 135, los vendedores de pasteles, los bailarines de vals, los padres más amorosos que esta niña de traje azul pudiera soñar.

---

Tomado de **Malas Costumbres**, Fuga editorial, Panamá, 2010

---

ENITHZABEL CASTRELLÓN CALVO. Nacida en la ciudad de Panamá. Licenciada en Derecho y Ciencias Políticas. Actriz, Locutora y Productora con más de 20 años de experiencia en el medio teatral. En el 2010 se estrena con su primer libro de cuentos "**Malas Costumbres**", publicado bajo el sello FUGA Editorial.